

LOS AMANTES DE ANA

En una casa enfrente de la Universidad
Ana habita un piso bajo que es una preciosidad.
Al verla en su ventana la tuna estudiantil
la llenaba de piropos por lo linda y lo gentil.
Y todos al pasar solíanle cantar:

Ana, sal pronto por favor.
Ana, sal, no te de rubor.
Ana, que en tu ventana
tú eres la flor de luz y amor.

Ana, si a mi querer das fe,
Ana, de noche aquí vendré.
Ana, por tu ventana
me colaré y mi amor te probaré.

Anita a un estudiante de noche cita dio
y al llegar a la ventana empujó, saltó y entró.
Y todos los vecinos después pudieron ver
que el que entraba por las noches íbase al amanecer.
Y todos al pasar solíanle cantar:

Ana, levántate a cerrar.
Ana, te vas a costipar.
Ana, que tu ventana
abierta está de par en par.

Ana, desoye sin temor.
Ana, no siente ya rubor.
Ana, fresca y lozana
como una flor se habla de eso del amor.

Anita que es piadosa fue a ver al confesor
y encendida y ruborosa sus pecados le contó.
Acusóme -le dijo- que en un curso no más
desfiló por mi ventana toda la Universidad.
Y ciego de furor rugía el confesor.

Ana, te vas a condenar.
Ana, no tienes salvación.
Ana, de buena gana
negárate la absolución.

Ana gemía: Ay, yo pequé,
pero culpa mía no fue,
Padre, pues mi ventana
tan baja está, pase usted y lo verá.